

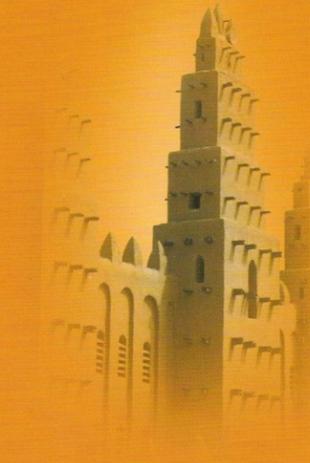


*El islam del África Negra*, edición de Ferrán Iniesta, Edicions Bellaterra, Barcelona, 2009, 190 pp. ISBN 978-84-7290-458-3.

Biblioteca  
de Estudios  
Africanos

**El islam del África Negra**

Ferrán Iniesta (ed.)



**E**l islam constituye hoy por hoy la religión mayoritaria en el continente africano; y los tres estados más poblados, Etiopía, Nigeria y Egipto, y los de mayor relevancia regional junto con Sudáfrica, presentan, desde hace relativamente poco en el caso de los dos primeros, un porcentaje favorable al credo musulmán frente al cristianismo y el animismo. Esta realidad, que, parece, había pasado desapercibida para algunos, sumada al auge del así nominado «islamismo radical» y la focalización de eso que llaman «guerra internacional contra el terrorismo» en determinadas áreas de África, ha vuelto a poner sobre el tapete la cuestión de la identidad del islam africano y su capacidad de expansión. Y la especie alentada por la historiografía europea de que el islam es una entidad extranjera e invasora, como si el cristianismo no tuviera por qué cargar con idéntica identidad; en verdad, tanto el uno como el otro son tan extranjeros en Europa como en África, si hemos de ser estrictos.

*El islam del África negra* constituye un intento de presentar en su variedad y polimorfismo el espectro actual del islam en la región subsahariana, desde diversos enfoques y puntos de vista “no siempre coincidentes”, como se señala en la introducción.

Se sustancia en torno a la articulación de un ciclo de conferencias dictadas en la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, en Barcelona, en 2007, con todas las virtudes y carencias inherentes a este tipo de escritos múltiples, y se encuadra, en cierto sentido al menos, en lo que podríamos denominar “reacción argumentativa” contra una serie de estereotipos y clichés cada vez más asentados en el imaginario occidental sobre el islam en el África negra. Y, con un determinismo que viene convirtiéndose en norma desde la fatídica fecha, se señala la enorme trascendencia del 11-S en la gestación y propalación de tales deformaciones.

De manera muy esquemática, podemos decir que el eje central del libro es la revisión de la famosa categorización de Vincent Monteil sobre *L'islam noir*. Unos articulistas lo citan de forma explícita, bien para refrendar las conclusiones de este estudio ya clásico, bien para refutarlas. O, en alguna ocasión, para situarse en un punto intermedio, de no implicación, respecto de la teoría monteiliana sobre la especificidad “racial” del islam africano. Unos y otros tienen sus reservas, por supuesto, sobre los pros y los contras de adoptar una postura determinada, o, simplemente, no adoptar ninguna. Sin duda, el resultado del libro en su conjunto viene determinado por los vaivenes metodológicos y discursivos de la teorización del islam africano y la búsqueda insistente por parte de alguno de los ponentes de esa especificidad del islam en el seno de esta o aquella sociedad africana frente al, se supone, “islam oficial exógeno”, que suele estar representado, de manera más o menos explícita, como “árabe”. Desde luego, insistimos, se reconocen reservas en uno y otro sentido, pero la impresión general que perdura en varias contribuciones es ésta, la búsqueda del rasgo distintivo de este islam africano en el marco de la *Umma* o Nación musulmana.

En fin, como suele ocurrir en estos casos, de todo hay en la viña de una recopilación de artículos diversos sobre un tema tan vasto y complejo como éste. El primero, firmado por el compilador, trata de desmontar los mitos europeos sobre el islam en África (esclavista, militarizado, exclusivista, etc.) desde un enfoque de crítica del orientalismo que, creemos, debería estar superado ya: si hay gente que sigue haciendo alusiones a que el islam, por ejemplo, fue el principal causante de la esclavitud en el continente africano o que sus valedores han hecho todo lo posible por erradicar las re-



ligiones locales, es su lacra. “Mil años de islam negroafricano” se merecen superar este estadio de discurso “reactivo”. No faltan los artículos documentados y bien articulados, con independencia de la opinión personal que uno pueda tener sobre las conclusiones presentadas, con propuestas cuando menos sugerentes, como el tercero sobre “Las dinámicas del islam en el África subsahariana...” o, por lo general, los incluidos en la tercera parte sobre el islam en Uganda y Mozambique (“Islam: la letra, los líderes y las comunidades...”) y el de la minoritaria comunidad musulmana en Madagascar (“*Silamo malagasy*: la proteica frontera afroasiática”). Por el contrario, desmerece el cuarto (“La influencia del islam en la construcción de los sexos en el África subsahariana”), con un articulado un tanto feble y determinadas aseveraciones que son, digamos, inexactas, v. g., la cuestión del divorcio “unidireccional” y qué dice exactamente el Corán sobre el asunto y, mayormente, la mujer. En el sexto, dedicado a la música *rap* en Mauritania, el autor se pierde un tanto en una digresión sobre lo que dice el islam “oficial”, teórico, sobre la música, en Algacel o en el moderno al-Sha`rawi, y la figura de las plasmaciones musicales locales “saharianas”, como los *iggawin*, sin que uno deje de preguntarse si no habría sido mucho más relevante desarrollar con más contundencia el *item* del rap en Mauritania y ponerlo en contraposición con su reflejo en Senegal o, aunque sea adentrarse en el “otro” árabe —en más de una página se percibe la “alteridad” de lo árabe en África— en Marruecos, por ejemplo, donde el *hip-hop*, el *rap* y tendencias similares ha conocido también un auge notorio. No se trata, empero, de algo sorprendente, pues en este tipo de escritos misceláneos conviven los estudios de casos concretos con valoraciones muy globales que tratan de esquematizar y clarificar al mismo tiempo pero que, a veces, analizadas en su conjunto, dejan una sensación de discontinuidad, de faena no rematada, de falta de un referente catalizador y armónico.

Por ejemplo: con un vigor parejo al del planteamiento del islam africano planea sobre el libro el binomio reformismo rigorista (importado)-tradicionalismo cofradístico (genuino); sin embargo, tres de los territorios donde con más fuerza se está produciendo el impacto del salafismo cerril y obsesionado, entre otras cosas, por la aplicación extrema de la Sharía o Ley Islámica, quedan fuera del espectro de la investigación en detalle, a pesar de que se citan en la contraportada y se refiere a ellos en el primer trabajo (por cierto, en aquélla se habla de “especialistas europeos y africanos”; empero, participantes africanos sólo hay uno). Si en algún sitio se puede apreciar en su intensidad tal enfrentamiento es en estos lares. Que no aparezca un estudio focalizado al respecto priva al lector de una herramienta muy útil para valorar el progreso de este islam contrario al sufismo, las tradiciones locales y emparentado con los sectores más militantes y homogeneizadores del islam politizado.

Para terminar, digamos que no se acaba de entender, por otra parte, la tendencia a considerar ese islam de clara raigambre wahhabí que se ha desarrollado en África como algo “externo”. En Nigeria, al menos, tales corrientes llevan asentadas (por desgracia, digámoslo así) desde hace décadas y han derivado en un islam tan africano como el de los muridíes en Senegal, por aludir a una cofradía reseñada en el libro. Parece, también, que lo rigorista y la fobia a las cofradías, el sufismo y el islam “popular” es un rasgo específicamente árabe... como si las prédicas salafistas del S. XVIII y sus posteriores y desquiciados epígonos rigoristas no hubieran surgido, en la misma Península Arábiga, como una reacción contra el sufismo, el cual, hay que decirlo, es una creación genuinamente musulmana, desarrollada por árabes, persas, turcos y, por supuesto, africanos, lo mismo que las cofradías y el uso de la música. Este tipo de apreciaciones han de ser necesarias cuando



se quiere abordar la esencia de la especificidad africana del islam, cosa que no negamos, sin entrar a debatir sobre el asunto de los “islames” o la variedad de la Umma. Entre otras razones, porque ha de llevarnos a comprobar que, por fortuna, el “islam árabe” es mucho más que el engendro ideológico y supraestructural creado por el wahhabismo oficializado de la corrupta dinastía que asola la Península Arábiga y alentado en su momento por una estrategia política perniciosa y cínica de Occidente; y que, en África, el islam que se vive en Mali, Somalia o Etiopía tiene rasgos propios que lo hacen específico, también, en cada sitio.

*Ignacio Gutiérrez de Terán Gómez-Benita*